

ESTE PERIODICO  
SE PUBLICA  
LOS DOMINGOS.  
PRECIOS DE SUSCRICION:  
EN LA HABANA,  
4 pesetas sencillas  
AL MES,  
y en el interior  
UN PESO,  
FRANCO DE PORTE.  
El número suelto  
VÉNDESE EN LA IMPRENTA  
A DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION  
ESTÁ SITUADA  
CALLE del OBISPO  
número 22,  
LIBRERÍA É IMPRENTA  
"EL IRIS,"  
A DONDE  
PODRÁN DIRIGIRSE  
los avisos  
Y RECLAMACIONES.  
La Administracion  
ESTÁ EN EL MISMO  
ESTABLECIMIENTO

## DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

### EL CASERO DE OGAÑO.



a propiedad es un robo.

Esto dijo Proudhon, y es fama que se quedó tan fresco al decirlo, como los propietarios al oírsele decir. El propietario de la casa en que vivía el modernísimo regenerador de la sociedad, se presentó al día siguiente á verle, le felicitó por su obra, le cobró un trimestre adelantado del inquilinato, y le anunció que desde el siguiente le pagaría mayor alquiler por el cuarto que ocupaba. Proudhon rogó y suplicó al ladrón, y cuando mas tarde le han querido obligar á que sostenga su estravagante máxima, ha dicho con la misma frescura que ántes: No quiero repetir con necia y cobarde impertinencia, la fórmula demasiado conocida y poco comprendida de que la propiedad es un robo; esto se dice una vez y no se repite. Dejemos esta máquina de guerra, buena para la insurrección, pero que hoy no puede servir ya sino para contristar á las pobres gentes.

Las pobres gentes á quienes Proudhon alude son los propietarios: tu ca-

sero, lector, tu casero y el mio, los cuales lejos de contristarse han preferido contristar á sus inquilinos. Y aunque hay quien cree que todo lo que hacen por estrujarnos, es por miedo de que algun día la máxima proudhoniana sea el primer artículo del Código fundamental del Estado, esta es otra paradoja, y ya ves que trazas tienen de creer que la propiedad es un robo, cuando añaden un piso y otro á las fincas, apilando habitaciones, como el avaro apila las onzas de oro.

Aunque Proudhon es el que parece haber hecho la frase, la frase estaba hecha; y con mas palabras, porque antiguamente todo se daba mas desleído, estaban los propietarios muy acostumbrados á oirla, y muy acostumbrados tambien á reírse de ella.

Todos los filósofos, desde que á la humanidad le ocurrió inventar la filosofía, (que no debió ser ni al vaciar la olla en el plato, ni al tender la cabeza sobre la almohada, sino despues de haber comido y haber descansado;) todos los filósofos, digo, han tratado de pedirle á la propiedad su fé de bautismo, para ver hasta que punto era hija legítima del derecho y de la equidad y donde estaban sus padres cuando ella vino al mundo; que es casi lo mismo que pre-

guntarle á éste donde se hallaba antes de ser lo que está siendo.

Grandes disputas y no pequeñas batallas ha habido en averiguacion del tuyo y el mio, y como los hombres creen haberse hallado todos á la vez en el mundo, piensan de vez en cuando que á todos les asiste igualmente el derecho de ser propietarios de la tierra, de las frutas y de las fincas.

Nosotros, ya lo hemos dicho en la primera parte de esta obra, creemos que "eran pocos, llegaron los primeros, vieron el mundo, les pareció hermoso, le partieron en cuarterones, tomó cada cual el suyo y punto concluido."

Los comunistas modernos, y aun los antiguos, que ribetes de ello tuvo Moisés y ribetes y aun puntas y collares Platon, siempre quieren que vuelvan al cántaro los títulos de propiedad, y que se reparta ésta como pan bendito entre todos y por partes iguales.

Las comunidades religiosas no discutieron, pero negaron la propiedad haciéndola prácticamente un bien comun, y este ejemplo ha trastornado á muchos filósofos, hasta que ha venido la Economía política y en nombre de las clases desheredadas, ha desheredado á los frailes, á las monjas, á los hospitales y á los municipios, y por medio de la des-



amortizacion ha hecho un ligero ensayo del comunismo. Pero ya hemos dicho en otros capítulos que la propiedad ha pasado así, de la comunidad de los frailes, á la comunidad de los capitalistas, y así tegiendo y destegiendo, las cosas han venido á quedar en el fondo lo mismo que estaban.

Quererle quitar al labrador la propiedad de la tierra y no poderle expropiar del sudor con que la ha regado, ni de los afanes con que la ha convertido de un erial improductivo en un vergel de grandes productos, es una cosa que pueden pensar á todas horas los filósofos, pero que no saben ejecutar los matemáticos. Estos suman el suelo y el vuelo, y no conciben que la tierra sea una cosa y el fruto que ella ha criado otra.

Pero á tu casero y al nuestro, carísimo lector inquilino, nadie le disputa el suelo ni el vuelo. El terreno es suyo, y la finca que sobre él ha constringido también. Prondhon dirá cuanto quiera y se arrepentirá despues de lo que ha dicho, pero nuestro casero hará cuanto le dé la gana sin enmendarse ni arrepentirse.

En el ayer de esta historia, la propiedad era del casero, pero la casa era del inquilino. El tenía legalmente hablando el suelo, pero tú hacías del vuelo lo que te daba la gana. Aquellos polvos han traído estos lodos. Apartemos de nuestra memoria semejantes recuerdos, que hasta lágrimas vierten los inquilinos cuando lloran en los juicios de conciliacion, siempre irreconciliables, su perdida independencia, y veamos al casero de ogaño como si hubiera existido el de antaño. Si te diere, lector, la mala tentacion de registrar la primera parte de esta obra, pasa de largo el cuadro 40, como si estuvieras en la restauracion, reza un paternoster por el alma del difunto y nada mas. El casero de 1850, el propietario urbano, no por su urbanidad sino por la de sus fincas, lo primero que hace es no tratar ni casi conocer á su inquilino. Sabe que el trato engendra simpatías, las simpatías amistad, la amistad cariño, el cariño debilidades, y estas, su nombre lo dice; las debilidades no son fortalezas, y él quiere ser fuerte contigo. Hay además otra razon para que no te trate ni aun te conozca, y es la de que tendria que hacer lo mismo con los demas inquilinos y somos demasiados. Los de una sola casa serian bastantes, porque desde que la propiedad es un robo, se aprovecha bastante la cosa robada; pero el casero que ahora te enseñamos, no tiene una finca sino varias, y seria imposible que cumplimentara á los inquilinos de todas ellas.

Ya has visto lo que eres cuando viajas: un bulto y un número. Pues como inquilino eres casi menos. Tu casero no te tiene en mas de lo que te tenía el gefe de estacion que te enjauló hasta que llegó la hora de partida, y el maquinista que te arrojó en el lugar donde dió término el viage. Hasta allí pagaste y hasta allí te llevaron. El casero hace lo mismo y á veces menos, porque como

le tienes dado algun dinero en fianza, antes de que esta se acabe procura aburrirte y acabarte la paciencia todo lo posible.

Tiene todo su capital invertido en casas, los intereses en casas los convierte también, y de este modo es un fabricante de fincas, como el constructor de coches ó el de cajas de muerto, ó el de pistolas y carabinas, que ninguno de ellos piensa ni en el que irá dentro del coche cuando vuelque, ni en el que ha de ocupar el ataúd, ni en el que se ha de levantar la tapa de los sesos con la pistola.

El manda hacer la casa; si cuando está concluida hay un inquilino mayúsculo que quiere pasar al bando de los caseros, se la vende toda, siempre que halle ganancia proporcionada; en otro caso arrienda las habitaciones, no por si propio, sino por medio de su administrador, el cual anota en el gran libro los nombres de los inquilinos, abriendo á cada uno su cuenta corriente. Clase de cuentas desconocidas hasta que ha llegado este siglo de las carreras.

Pero antes que pasemos á ser el inquilino número tantos, del cuarto numerado también en el piso quinto, de la casa número cuantos, que tiene algunos pisos mas que el sexto, es preciso hacer la casa y aun adquirir un solar para ella, porque ya sabes, lector, que somos aficionados á tomar las cosas muy de lejos. No se trata de robar la propiedad á nadie. Ni somos socialistas ni queremos serlo. Hemos puesto los ojos en un convento que sale á subasta y el cual, si nos arreglamos con los primistas (parientes, lector, á quienes ya conoces) podremos adquirir por poco precio; y como se paga á plazos y plazos largos, con el derribo de la finca pagaremos los primeros y los inquilinos de la que en su lugar construyamos pagarán los restantes. Dejemos por lo tanto de pensar en el suelo, ocupémonos del vuelo.

Es preciso que este sea alto, muy alto, digno de la altura del siglo. Que no sean los gorriones los únicos que puedan anidar en el tejado; que le encuentren también las aguilas digno de ellas; que no puedan pasar las nubes sin besar las chimeneas, y en suma, que tenga toda la elevacion que permita el Ayuntamiento, que no será poca, porque los concejales tienen miras muy elevadas, y lo que resulte de mas si nuestro arquitecto se equivoca, y el del municipio no conoce que aquel se ha equivocado. Sin que por eso se crea que queremos hacer una casa desproporcionada. Nada de eso. Ya le hemos dicho al arquitecto que nada mas que piso principal, segundo, tercero y cuarto; los sotabancos, las guardillas vivideras y las trasteras, como en las demas casas; el sotano, el piso bajo, y el entresuelo lo mismo.

Nuestro hombre, es decir, el casero que tenemos á la vista (porque ya nos habrá hecho el lector la justicia de creer que no éramos nosotros los que comprábamos el convento, ni los que vendíamos los materiales, sacando de ellos

lo que el vendedor no sabia que se iba á sacar) nuestro hombre, le hace esas advertencias al arquitecto y le echa un cálculo, porque si no fuese calculista no sería casero, de los productos que quiere que le rinda la finca antes de hacerla, y cuando vé el plano le parecen pocas las crujiás proyectadas. Quiere que crujan mas los futuros inquilinos y para convencer al arquitecto, que no lo necesita porque está dispuesto á hacer lo que el sastre de la Insula Barataría con el paño de las monteras, le dice que Madrid tiene un clima muy frio y que no convienen las habitaciones grandes.

Acuérdase hacerlas pequeñas, es decir, cortas y estrechas, pero bajas de techo, y si es posible, que lo es muy á menudo, acuchilladas, ó de otra forma también y también acuchilladora. No es indispensable ver construir la casa; con pasar por la calle tres ó cuatro veces al mes, veremos levantado en cada semana un piso, y con otra que demos para sacar los cimientos, otra para cubrirla, media para empapelarla y pintarla y dos ó tres dias para quitar la andamiada, ya la podemos enviar al registro de la propiedad y correr nosotros á ver si atrapamos un cuarto, llevando los que podamos en el bolsillo.

ANTONIO FLORES.

(CONCLUIRÁ.)

## MUSEO JUNIPERIL.

EL CAMALEON UNIVERSAL.



Este animalito es parásito y no lo es, porque de tal modo está adherido á los humanos corazones, que no es fácil empresa el averiguar cual es el principal y cual el accesorio. Cambia de colores mas á menudo que mudan las coquetas de novios, y cambia de nombres como esas infelices mujeres á quienes el mundo pervierte primero, para que despues ellas perviertan al mundo.

Los diversos colores y matices de este reptil se llama amor propio, dignidad, orgullo, soberbia, aplomo, desfachatez, descaro &c. &c.

Y así como la fusion de los siete colores encarnado, naranjado, amarillo, verde, azul celeste y añil, forman el blanco, del mismo modo los colores del camaleon que hoy exhibo no son sino los matices en que se descompone la luz blanca de la *vanidad*, al salir de ese prisma que llaman corazon por no darle otro nombre.

El símil está un poco apretado; pero en lugar de enmendarlo voy á echarlo



á perder continuando con la física, que al fin este es un museo como cualquier otro, y en museos he visto yo cosas tan heterogéneas como el bolsillo y el cerebro de un poeta, vacío de monedas el primero, repleto de pretensiones el segundo.

Continúo el símil óptico, hallando en el rostro de nuestros prójimos la viva imagen de una cámara oscura ó de una cámara lúcida, según se reflejen ó nó en él los rayos luminosos del sentimiento.

¿No es verdad que hay caras que son un libro abierto? ¿No hay al mismo tiempo fisonomías que son una fé de erratas á la que cometió la naturaleza, si es posible que la naturaleza se equivoque? Si señor, muy cierto que las hay; como también hay ojos que gritan *te quiero*, y labios que sin moverse se burlan del género humano y se burlarían de todos los géneros pretéritos y supinos, si estos señores pertenecieran á la humanidad ó á ese género, que lo mismo se elabora en Manchester que en la Habana, así en Pekin como en el Caimito.

Esas fisonomías que dejo apuntadas al principio son cámaras lúcidas, que pertenecen á esos individuos de quien el vulgo dice que llevan el corazón en las manos," á esos hombres *redondos*, á esas mujeres que podrían llamarse ángeles si no estuviera averiguado que como peor que Satanás es la mujer demonio, de igual suerte supera la mujer ángel á esos serafines del paraíso que nos pinta el Fleury y que solo conoceremos *extra-muros* de la vida; y eso si nos hacemos dignos de la recompensa en el *allá fuera* de nuestra existencia planetaria. La mujer ángel es la práctica de la ciencia del amor y merece bien de los hombres, porque ella es la realización del ideal y el idealismo de la realidad todo á un mismo tiempo.

En la cámara oscura se necesita estar dentro para percibir la imagen, y por eso los rostros de cámara oscura, lejos de ser un libro abierto son como esas poesías inéditas que nunca se publican, y que aun admitido que se publicaran jamás saldrían de las tinieblas de la nulidad.

Queda, pues, enseñada una gracia de las muchos que posee el animalito que describo, cual es la de subirse á la cara dándose á conocer, ó con disfraz ó sin él, al mismo tiempo que sabe esconderse en lo profundo cuando le da la gana, para que los cándidos digan humildad donde hay orgullo, modestia donde hay ambición, conformidad don-

de se anida la codicia mas refinada.

La vanidad todo lo absorbe, porque es el egoísmo vestido de púrpura que le compra á la fama su trompeta ó se la alquila por unos días para hacer un poco de ruido sin tener en cuenta que mañana unos gusanos devorarán su cuerpo y pasado mañana la historia ó simplemente el recuerdo de una alma desnuda de los harapos con que la encubrió el servilismo de sus contemporáneos.

Me río yo cuando oigo disculpar los vicios ó las atrocidades de los hombres, tanto de los poderosos como de los humildes particulares, la conducta de un personaje cuyo nombre llena las columnas de la prensa universal ó la de un oscuro ciudadano, conocido simplemente del *casero* de la leche y de cuatro ó cinco vecinos, tres deudores y ocho acreedores.

Es muy frecuente, en verdad, hallar en este mundo tan calumniado de malo, atroz é insoportable, almas caritativas, defensoras ó por lo ménos disculpadoras de la desgracia ajena cuando la desgracia consiste en la perversión moral. Muy comun es oír: fulano tiene estas faltas y las otras, pero el pobre ha recibido tantos golpes de la suerte, los engaños han amargado de tal modo su existencia, que no es extraño que se haya hecho *medio* egoísta; y por otra parte si muchas veces *parece* vanidoso, qué diantre! es porque cada uno debe darse su lugar, y si no lo hace es víctima de los demás.

¿Se podrá creer que el orgullo es cualidad adquirida á causa de las decepciones y los contratiempos, en una palabra, que las *circunstancias* y no los hombres son responsables de la felonía, del abuso de fuerza, y de esas otras cosas que se llaman *feroces*, derivado de fieras, como si las fieras tuvieran tanto talento como los hombres para hacer inventos mejorando las condiciones de su existencia?

Nada, no hay remedio, el animalito de marras es quien tiene la culpa de todo. El cambiará de colores con los años, con la situación, con los inventos; mudará todas las fases que no me es lícito á mí decir, pero que á todo mas es permitido ver. La cosa existe, ¿qué importa el nombre?

En el patio de una casa de familia se reúne una multitud de niños, que por su tierna edad, por sus graciosos ademanes y la sencillez de sus costumbres son de los de cámara lúcida como dije al principio, pues la tersura del cutis y la transparencia de la mirada

permiten ver hasta el fondo del alma; que en aquellos rostros infantiles aun no hay narices de berengena limitadas por hondos surcos, ni hay en las mejillas pliegues que abriguen cada uno una intención desconocida; ni tampoco un abundante bigote en forma de astas de alacran viene á esconder el delicado contorno de sus labios puros.

Cansados de corretear los niños emprenden un juego tranquilo; el cansancio físico les sujiere la actividad intelectual.

—Caballeros, no vamos á *jugar de correr*, sino *de conversar*. Contarémos cuentos.

—No me gusta, dice Eliseo, que parece el de mas iniciativa entre todos. Propongo que juguemos que esta *era* la escuela y que van á comenzar las clases.

—Bueno! dicen Juan, Samuel, Máximo, Pepe y Luis; y todos aceptan el plan propuesto.

—Vamos á empezar, dice Juan. Pues señor, yo *era* el director.

—Cómo es eso? No señor. Yo que soy mas grande seré el director, esclama Juan.—Yo que soy mas gordo, dice otro.—Yo inventé el juego.—Mentira que fuí yo. Uno de ellos da *medio* á dos ó tres, á otro le ofrece hacerlo maestro de geografía. Eliseo será el director chico, pero tú darás la clase de lectura. Haciendo concesiones, halagando el amor propio se obtiene que el nombramiento, como si dijéramos de administrador de banco, recaiga en el designado á disgusto de todos, y al parecer con la mayor espontaneidad de este mundo.

Pregunto yo. ¿Los reveses de la suerte han enseñado á estos niños el camino de la ambición? Diariamente los veis disfrutar si quieren jugar á los toros, sobre quién será el picador; nadie se conformará con ser el toro. Querrán jugar *caballitos* y nadie será caballo, y si intentan jugar á los *soldaditos* todos querrán ser generales.

Y si á pequeñas causas grandes efectos, que producirán las causas mayores?

Qué producirán? Las evoluciones de la humanidad, ó para hablar *juníperamente*, los cambios de color en el *camaleon universal*. ¡Viva Camaleon! Nadie responde.

Ni yo tampoco.

BACHILLER LINAZA.



# LA REBELION DE LA PULGA.

GUERRA DE GUERRILLA EN DOS CAMPAÑAS

## CAMPAÑA 1.ª



La pulga escapa, gracias á una rápida retirada.



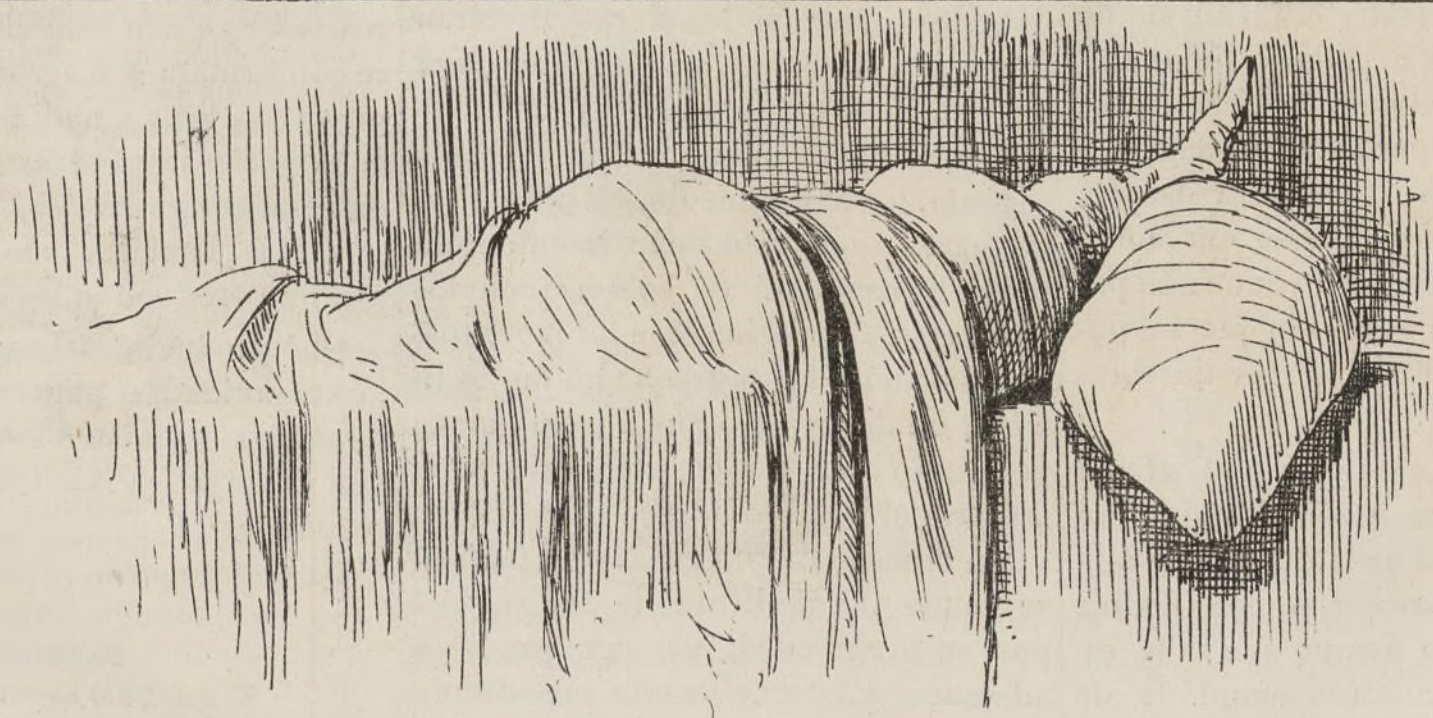
D. Crispulo no la encuentra.



D. Crispulo persigue á su enemigo pero.....



Cae en una emboscada.

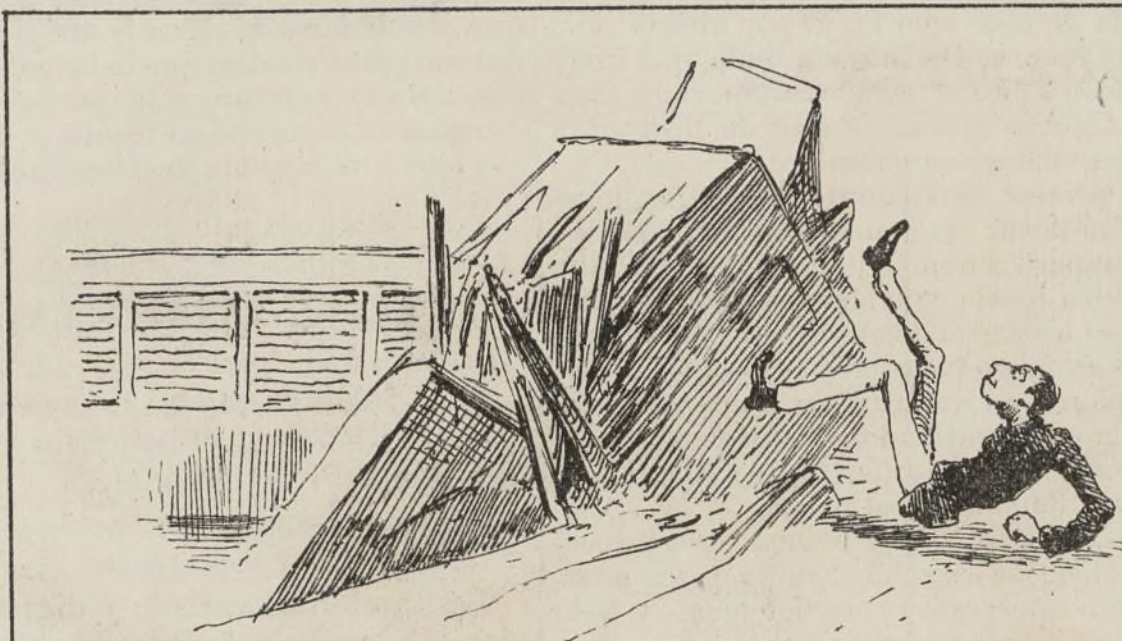


Viendo la nulidad de sus esfuerzos, se retira á cuarteles de invierno.

(CONTINUARÁ.)



# MESA REVUELTA.



FERRO-CARRIL DE MARIANO.—La casilla del paradero de la Habana, no quiere ser menos que su compañera del Pocito.



Una visita á las cuevas de Matanzas.



Desfile de los visitantes en la galería principal de las cuevas de Bellamar.



El guardian del templo.—



—Cristalizaciones.



El día 4 del corriente, se empieza el derribo de las murallas. Los habitantes deben contribuir por su parte á esta solemnidad



## EL CRISTO DE LA CALAVERA.

LEYENDA TOLEDANA.

(Finaliza.)

—¡Bah! dijo Alonso, será que la beata encargada de cuidar del farol del retablo sisa á los devotos y escasea el aceite, por lo cual la luz, próxima á morir, luce y se oscurece á intervalos en señal de agonía: y dichas estas palabras, el impetuoso joven tornó á colocarse en actitud de defensa. Su contrario le imitó, pero esta vez no tan solo volvió á rodearlos una sombra espesísima é impenetrable, sino que al mismo tiempo hirió sus oídos el eco profundo de una voz misteriosa, semejante á esos largos gemidos del vendabal que parece que se queja y articula palabras al correr aprisionado por las torcidas, estrechas y tenebrosas calles de Toledo.

Qué dijo aquella voz medrosa y sobrehumana, nunca pudo saberse; pero al oír la ambos jóvenes se sintieron poseídos de tan profundo terror, que las espadas se escaparon de sus manos, el cabello se les erizó, y por sus cuerpos, que estremecía un temblor involuntario, y por sus frentes, pálidas y descompuestas, comenzó á correr un sudor frío como el de la muerte.

La luz, por tercera vez apagada, por tercera vez volvió á resucitar, y las tinieblas se disiparon.

—¡Ah! exclamó Lope al ver á su contrario entonces y en otros días su mejor amigo, asombrado como él, como él pálido é inmóvil: Dios no quiere permitir este combate, porque es una lucha fratricida, porque un combate entre nosotros ofende al cielo, ante el cual nos hemos jurado cien veces una amistad eterna, y esto diciendo se arrojó en los brazos de Alonso, que le estrechó entre los suyos con una fuerza y una efusión indecibles.

Pasados algunos minutos, durante los cuales ambos jóvenes se dieron toda clase de muestras de amistad y cariño, Alonso tomó la palabra, y con acento conmovido aun por la escena que acabamos de referir, exclamó dirigiéndose á su amigo:

—Lope, yo sé que amas á D<sup>a</sup> Ines, ignoro si tanto como yo, pero la amas. Puesto que un duelo entre nosotros es imposible, resolvámonos á encomendar nuestra suerte en su manos. Vamos en su busca, que ella decida con libre albedrío cuál ha de ser el dichoso, cuál el infeliz. Su decisión será respetada por ambos, y el que no merezca sus favores, mañana saldrá con el rey de Toledo, é irá á buscar el consuelo del olvido en la agitación de la guerra.

—Puestú lo quieres, sea, contestó Lope. Y el uno apoyado en el brazo del otro, los dos amigos se dirigieron hácia la catedral en cuya plaza, y en un palacio, del que ya no quedan ni aun los restos, habitaba D<sup>a</sup> Inés de Tordesillas.

Estaba á punto de rayar el alba, y como algunos de los deudos de D<sup>a</sup> Inés, sus hermanos entre ellos, marchaban al otro día con el ejército real, no era imposible que en las primeras horas de la mañana pudiesen penetrar en su palacio.

Animados con esta esperanza llegaron en fin al pie de la gótica torre del templo, mas al llegar á aquel punto, un ruido particular llamó su atención, y deteniéndose en uno de los ángulos, ocultos entre la sombra de los altos machones que flanquean los muros, vieron no sin grande asombro, abrirse el balcón del palacio de su dama; aparecer en él un hombre que se

deslizó hasta el suelo, al parecer con la ayuda de una cuerda, y por último una forma blanca, D<sup>a</sup> Inés sin duda, que inclinándose sobre el calado antepecho, cambió algunas tiernas frases de despedida con su misterioso galán.

El primer movimiento de los dos jóvenes fué llevar las manos al puño de sus espadas; pero deteniéndose como heridos de una idea súbita, volvieron los ojos á mirarse y se hubieron de encontrar con una cara de asombro tan cómica, que ambos prorrumpieron en una ruidosa carcajada; carcajada que repitiéndose de eco en eco en el silencio de la noche, resonó en toda la plaza y llegó hasta el palacio.

Al oír la, la forma blanca desapareció del balcón, se escuchó el ruido de las puertas que se cerraron con violencia, y todo volvió á quedar en silencio.

## III.

Al día siguiente la reina, colocada en un estrado lujosísimo veía desfilar las huestes que marchaban á la guerra de moros, teniendo á su lado á las damas mas principales de Toledo. Entre ellas estaba doña Ines de Tordesillas, en la que aquel día, como siempre, se fijaban todos los ojos; pero, según á ella le parecía advertir, con diversa expresión de la de costumbre. Diríase que en todas las curiosas miradas que á ella se volvían, retozaba una sonrisa burlona.

Este descubrimiento no dejaba de inquietarle algo, sobre todo, teniendo en cuenta las ruidosas carcajadas que la noche anterior había creído percibir á lo lejos y en uno de los ángulos de la plaza, cuando cerraba el balcón y despedía á su amante; pero al mirar aparecer entre las filas de los combatientes, que pasaban por debajo del estrado lanzando chispas de fuego de sus brillantes armaduras, y envueltos en una nube de polvo, los pendones reunidos de la Casa de Carrillo y

Sandoval, al ver la significativa sonrisa que al saludar á la reina le dirigieron los dos antiguos rivales, que cabalgaban juntos, todo lo adivinó, y la púrpura de la vergüenza enrojeció su frente, y brilló en sus ojos una lágrima de despecho.

FIN.

## EL SR. TORRECILLAS.

Hoy domingo tendrá lugar en el teatro de Villanueva el beneficio de este aplicado actor, en el cual,

Segun el mismo nos cuenta

Canta, baila y representa.

La función es variada y digna de ser vista. Además del *Protestante*, en que el señor *Argente* hará sentir al auditorio, conforme tiene de costumbre, cantará el beneficiado un *zorcico* dedicado á sus paisanos.

El mismo señor Torrecillas, representará cinco caracteres distintos en la *Familia improvisada* de D. Ventura de la Vega. Y para fin de fiesta bailará el beneficiado la Gallegada con la Sra. Amat.

## EL NIÑO SOLÁ.

D. Junipero tiene entendido que el Liceo de la Habana, está combinando una función en la que lucirá su habilidad el Mangiamele Cubano.

Es ya hora de que se piense seriamente en la educación de este talento, si es que Cuba quiere enorgullecerse con el tiempo de haber echado al mundo un prodigio, como manifiesta ser el hijo de Manzanillo.

## RESOLUCIONES ESTREMAS.



—Finalmente, me paga V. ó protesto.

—Haga V. lo que quiera, en la inteligencia que de donde no hay..... no se puede sacar.

—Tambien á V. se le ha quemado algo en los almacenes?

—Si, señor: se me han quemado las ganas de pagar lo que debo.



## UNA PELUCA.

(CONCLUYE.)

\*\*\*

A poco de haberse terminado el diálogo anterior, la orquesta comenzó á tocar una polka. Me dirijí hácia Georgina preocupado con lo que me habia dicho mi amigo. Y resultó qué, como dice el refrán: "quien más mira, ménos vé." En efecto, si á una distancia ménos estrecha que la que media entre dos personas que bailan, la veía como entre una aureola radiante, cegados mis ojos por la pasión, sintiendo la presión de su mano entre la mía, embriagado por los perfumes que exhalaba, ¿cómo podía fijarme en ningún pormenor relativo á su persona? ¿Quién ha dicho que pueden co-existir el análisis y el sentimiento en su mayor intensidad? ¿Nadie lo ha dicho?—Tanto mejor, porque sería un disparate insigne.

Bailamos y cambiamos varias frases corteses que mi ambición interpretaba como preliminares de una felicidad sin límites. El amigo no quitaba sus ojos de mí, y su mirada burlona me producía un extraño, inexplicable estremecimiento.

Después de la polka fuimos á la mesa de refrescos, situada en el primer piso de la casa, según es costumbre en New-York. Yo tuve el gusto de acompañar á Georgina y de servirla. Ella se sentó en un sofá á tomar un sorbete, y yo me hallaba cerca de la chimenea en cuyo mármol habia colocado un vaso de sangría que libaba de vez en cuando. *Mi amigo* se acercó y me dijo á media voz en el momento en que Georgina me ofrecía un bizcocho:

—Has visto?

—No, contesté.

—Aprovecha la ocasión, al inclinar te para recibir el vaso de sorbete. Y me agregó al oído: gasta peluca!!

Miré con atención. Era cierto. Un ataque de apoplejía fulminante no hubiera producido mayor efecto en mi organismo que aquella certidumbre en mi corazón. Mis manos estaban heladas: respiraba la atmósfera sofocante del ridículo, y creía que todos se burlarían de mí suponiéndome enamorado de los brillantes de una vieja. Mi turbación, mi enojo no podían compararse con nada, á no serlo con la satisfacción que se dibujaba en el semblante de *mi amigo*. Llegó el momento de volver á la sala y, ¡oh poder de la buena educación!, ofrecí mi brazo á Georgina. En la escalera me iluminó un rayo de esperanza, creí estar engañado, y cuando nos hallamos de nuevo en el salón, profusamente iluminado, volví á observar aquella cabeza. No quedaba duda: la mitad de ella que permitía ver el tocado estaba cubierta por una peluca, y á través de aquel tejido, obra maestra de Cristadoro, veía la antítesis más espantosa: una cara de ángel superada por una frente que se prolongaba hasta el cogote. ¡Horrible hermosura!!

\*\*\*\*\*

No permanecí mucho tiempo en la sala; é invocando al Dios del disimulo para que me diese una sonrisa y algunas palabras corteses, me despedí de Georgina.

Ella me ofreció nuevamente su casa con un movimiento de coquetería que me pareció abominable.

Sin aguardar á mi amigo, el de Centro América, entré en el carruaje que nos habia traído, y me dirijí á nuestro Hotel.

Subí á mi cuarto. Sobre la mesa estaba, abierta todavía, la esquila de puño y letra de Georgina, invitándome á pasar la *soirée* en su casa, y unos versos que para ella habia escrito y que principiaban:

¿Quién eres tú que al verte solamente  
Comprimido senti mi corazón  
Y mi pasado contemplé vacío?

Mi vista se fijó en esos renglones y contesté mentalmente:—Una vieja que usa peluca!! En seguida abrí un armario y saqué una botella de cognac, no comenzada, y me bebí medio vaso. Luego me acosté, me dormí lectores, y soñé con un inmenso erizo que rodaba punzándome por encima de mi cuerpo. Algun tiempo después una francesa, *Clairevoyante*, me dijo la significación de ese sueño. La felicidad perdida por causa de una peluca.

\*\*\*\*\*

Lo que acabo de referir sucedía á fines del mes de Febrero; y no obstante que hace tanto frío en esa época del año, imaginé y llevé á cabo un viaje al Niágara, para vengarme del chasco que habia sufrido contemplando aquel prodigio de la inmensa naturaleza bajo un punto de vista opuesto al en que habia contemplado al otro falso prodigio de la sociedad. Es decir, que quería verlo primero vestido de nieve para volver á él más tarde cuando el verano hubiese cubierto sus márgenes de lozana verdura. Pero el Niágara es hermoso en todo tiempo: el frío no alcanza á congelar la inmensa mole de sus aguas. Su juventud es eterna.

En el tiempo que permanecí allí nada supe de Georgina. Cuando regresé á New-York me dijeron que se habia ido al estado de Pensilvania, de donde era natural, á pasar una temporada al lado de sus padres, y supe que habia preguntado varias veces por mí, extrañando que me hubiese marchado á la francesa.

Los últimos días de la primavera habian llegado, y Ulman, el Napoleón I. de los empresarios, según el *Herald* lo llamaba, iba á verse privado por algun tiempo de su querido público dilettantí de Nueva York. Dábanse óperas-matinées que comienzan á la una y concluyen entre tres y cuatro de la tarde. La compañía era excelente: figuraban en ella Mda. Lagrange y Mda. D'Angri, Bignardi, Tiberini y Carlos Formes, es decir, que entre otras mil cosas deliciosas que se podían oír se cantaban el famoso dúo de contralto y soprano de la *Semíramis* y el no menos célebre de bajo y contralto de los *Hugonotes*.

La Academia de música en esos días presenta un aspecto muy singular. El gas no se enciende, y la luz exterior apenas penetra en el edificio, quedando los concurrentes favorecidos por ese claro-oscuro que tanto agrada á las mujeres cuyas mejillas comienzan á deslustrarse. La concurrencia se compone, casi en su totalidad, de Sras. que acuden sin sus esposos, por hallarse estos entregados á los *bussiness* más apremiantes; (Las *matinées* se dan los sábados temprano, porque el domingo no se permiten espectáculos de ese género,) y las señoritas también van solas por ser de día cuando pueden hacer uso de su feliz independencia.

Se ven allí lances muy picantes, que á veces inspiran mayor interés que el drama puesto en escena; pero no trataré de ese asunto ahora que debo poner término á estos renglones que tal vez se han prolongado demasiado.

Era como he dicho un sábado. Yo acababa de ver partir el vapor que venia

para esta, á cuyo bordo dejé al centro-americano, y me dirijí á la Academia.

Hacia la derecha de lo que en aquel teatro se llama *dress circle*, equivalente á nuestros palcos de primer orden, en el punto más conspicuo, por favorecerlo un rayo de luz, vi una joven, que me pareció Georgina, de diez y seis años; ¿Qué semejanza! exclamé cuando á favor de mis anteojos de catorce vidrios pude ver que la cabeza de aquella joven estaba adornada de una espléndida cabellera negra, corta todavía, pero abundantísima. (Iba á decir profusa: pero no: eso ya pertenece á la historia.)

Y como la función no hubiese principiado todavía me acerqué á ella: un saludo frío, indiferente, de esos que ponen un abismo entre dos personas, me convenció de que la que allí veía rodeada de admiradores, llena de vida y juventud gozando é infundiendo felicidad, era Georgina.

La peluca fué una necesidad transitoria para cubrir una cabeza rapada á fin de evitar la caída de los cabellos después de unas fiebres intermitentes: mi caída fué como la de Luzbel, «never to rise again,» que dice Milton. ALBÉRICA.

## COSAS DE ACTUALIDAD.



ECIA un amigo mío que la mayor "informalidad de un hombre es tener formalidad" lo cual no deja de ser verdad por mas que parezca un contrasentido. Esto equivale á decir que la cuestión más formal puede tratarse informalmente, y que se pueden decir verdades muy

sérias de un modo muy informal. Estoy por esto último, aun cuando no sea mas que para diferenciarme de tanto hombre formal, que con tono *idem* nos regala cada vaciedad como un templo, olvidando que el "hábito no hace el monje." Si este mundo es un fandango, ¿no sería soberanamente ridículo formalizar un fandango? Partiendo de este principio, encuentro mucho más consecuente el tratar las cuestiones de esta pícara bola con castañuelas que con sermones. ¿Qué apuestan Vds. á que les pruebo que es más informal el más formal y *vice-versa*? Pero no, dejemos esta cuestión para otro día, porque hoy no tengo nada que hacer, ni tampoco sería del agrado de los que blasonan de formales.

Los periódicos diarios han dado cuenta oportunamente del incendio de los almacenes de Regla con todos sus pelos y señales, deplorando á la par que yo las desgracias personales y pérdidas materiales sufridas á causa de tan lamentable acontecimiento; pero lo que no pueden referir, porque no les es permitido despojarse de su formalidad, son las discusiones, los comentarios y las opiniones tan peregrinas á que ha dado lugar ese terrible incidente, amen de las infinitas cuestiones que se han suscitado y de cuya solución entienden los tribunales.



Pero acerquémonos á aquel grupo que discute con calor el tópicó obligado.

—Saben Vdes. lo que le ha sucedido á B.? dice el que tiene la palabra. Pues Sres., es un caso muy raro y el pobre hombre se ha quedado arruinado. Figúrense Vdes. que B. fletó una fragata embarcando en ella 3000 cajas de azúcar para Cowes y un mercado, la cual se dió á la vela hace algunos días, volviendo al poco tiempo de arribada por hacer agua. Depositóse el azúcar en los almacenes mientras se reparaba el barco, pero ocurrió el incendio y se quemó el azúcar, cuyo importe pierde B.

Acabó su relación el buen hombre y lesolté una carcajada en sus narices, porque es preciso tener mucha informalidad cuando se oyen cosas tan formales.

Diríjome á otro grupo en que por variar se discutía lo mismo, y tenía la palabra un jóven de estilo un poco mordaz, pero con gracia.—Compadre, decía, ¿han de creer Vdes. que he estado toda la mañana practicando diligencias para cobrar estos pagarés que vencen hoy, y ninguno de los deudores me ha pagado so pretexto de que se les ha quemado el azúcar? Y no hay tales carneros puesto que acabo de saber que habían cobrado ya el peso aproximado.

—¿Y V. prorogó los pagarés? Le pregunté.

—Por supuesto, me contestó: ¿que va V. á hacer con un hombre á quien se le ha quemado el azúcar?.....

Me pareció bastante formal la observación, pero mucho mas formal la estratagemá de los otorgantes.

—¿Han de creer Vds., decía un tercero, que las siete octavas partes de los efectos que estaban en los almacenes no habían sido asegurados, habiendo una Compañía de Seguros en cada esquina? Esta sí que es formal informalidad, dije para mi colete.

Oyendo tales cosas, casi casi me llegué á convencer de que tenía muchos compañeros de informalidad, pues no podía figurarme que hubiera personas formales que no pusiesen á salvo sus intereses teniendo la facilidad de asegurarlos, como se practica en todas partes, á un premio muy reducido, ni podía suponer que en una plaza de la importancia mercantil de la Habana estuvieran todavía por deslindar los derechos respectivos entre comprador y vendedor. Sabía, sí, que los usos establecidos en el mercado no estaban enteramente en armonía con el Código de Comercio; pero no podía ni debía creer que al cabo de tantos años no se hubiese fijado un principio que resolviese la cuestión clara y terminantemente, cual conviene en las transacciones mercantiles.

Yo sé que hay otras muchas informalidades inveteradas en el mercado de la Habana, que saldrán á relucir cuando suceda algun otro caso práctico; pero, no hay cuidado, hasta que ese caso ocurra tenemos tiempo sobrado para no hacer nada, y además, como dice el refrán, el que se apura se muere, y al que se muere lo entierran.

UNO DE TANTOS.

## AYUDEME V. Á SENTIR.

—Señor.

—¿Qué quieres, *Esparavan*?

—Que me ayude V. á sentir.

—¿Que cosa, hombre?

—La muerte de micotorra, *D. Junipero*.

—¿Por vida de los apóstoles! ¿Y á eso te atreves, cuando hay otros desastres de mayor importancia que lamentar? La quema de los almacenes de Regla, por ejemplo.....

—¿Qué quiere V., señor? Cada cual llora la pérdida de lo suyo.

—Eso es muy lógico; pero.....

—No hay pero ni manzano que valga. Vaya por los que afectan un profundo sentimiento por ello, sin haber perdido un grano de arroz siquiera.

—Condición propia de las almas que no se ajitan en la repugnante esfera del egoísmo.

—O de las que gastan por azumbres la astucia necesaria.....

—Como quieras.

—Y dígame V. señor, propósito de este lamentable incidente. ¿Quien cree V. que haya experimentado mayor pérdida?

—¿Toma! ¿No sabes aquel refrán "quien mas pone, pierde mas?"

—Sí; pero aquí falla el refrán.

—¿Como es eso?

—¿V. me negará que nada absolutamente habían puesto allí las ratas, y que, sin sin embargo, ellas son las que mas han perdido?

—¿Quieres irte de mi presencia con un millon de á caballo!

—Me iré, si, señor; pero no será sin preguntar á V. antes, cuanto es en definitiva lo que se ha perdido en esa catástrofe.

—La mitad y otro tanto.

—También en esto se equivoca V. señor; porque no hace V. mas que sumar dos mitades, y segun *vox populi* hay que multiplicarlas indefinidamente.

—*Esparavan*, tú tienes todos los diablos reuvides en el cuerpo.

—Así será, *D. Junipero*; pero salga Vd. por esas calles, y se encontrará á cada paso con un pretexto para no pagar; y todo porque el que mas y el que menos es hacendado ó comerciante y tenía azúcar depositada en los almacenes de Regla; y ya se vé, como echaron á correr de súbito los bueyes, la carreta les cogió de medio á medio. Y eso que no incluyo lo que tiene que perderse todavía en dimes y diretes....

—Cuando yo digo que.....

—*Digo qué*, señor! Eso me huele á pleito. Entonces me coso la boca á dos cabos y no pronuncio una palabra mas.

—Harás perfectamente.

—Si; pero esto no quita para que me ayude V. á sentir.

## FILARMÓNICA.

El concierto celebrado en esta Sociedad el miércoles próximo pasado fué tan lucido como era de esperarse. Hace ya larga fecha que en los salones de buen tono no se veía una tan escojida concurrencia. Cabe al Sr. D. Carlos Anckerman y á los distinguidos profesores de su orquesta una gran parte en el lucimiento de la función, por la buena ejecución de las piezas que estuvieron á su cargo.

## DEBEMOS ADVERTIR,

Que el derribo de las murallas empieza el día 8, y no el 4 como equivocadamente decimos en una de las láminas del número de hoy.

## ESCUELA DE TIRO.



—A este paso, Agustín,  
Monsieur Godron  
Contigo gana al fin  
Mas de un millon.

—No importa, ¡voto á San!  
Si de este tren,  
Que es mi mayor afán,  
Escapo en bien.

HABANA: Librería é Imprenta "EL IRIS", Obispo 22.